

BIBLIOGRAFIA

FAUSTO AROCENA. *Nuestra pequeña historia. (Las Instituciones. El Idioma. La Tierra. Los Hombres)*. Editorial Icharopena. Zarauz.

El buen sentido histórico, la andadura y, sobre todo, la fabulosa erudición en los cuestiones que nos atañen, se aúnan en este delicioso tomo cuya portada, debida a Javier Arocena, hijo del mismo autor, es otra delicia.

Este libro está escrito con ese estilo directo, típico de Arocena, que gusta apoyarse en breves arrequives para tomar más impulso, un estilo ideal para comunicar *sotto voce*, pero con indisimulado gozo, la resolución de problemas eruditos.

Arocena aplica su candil con seguridad de maestro en el punto más exacto, sobre motivos hasta ese momento dudosos, y hace participar a sus lectores de la alegría del descubrimiento. En esto estriba sobre todo el encanto de este libro. Una vez es el **Engliasca**, del testamento de Elcano, segundo pretendido apellido de Diego de Covarrubias, amigo y socio del navegante, ante el que se estrellaron tantos paleógrafos; otra vez es el atisbo luminoso acerca de la oriundez de nuestro Anchieta, el ejemplar escultor que nunca alabara sus propias obras ni las ajenas difamara; en otra ocasión —para volver a entresacar un ejemplo entre muchos otros— nos hará andar como Pedro por su casa entre los recovecos de la familia de Cervantes, pasando por las de Alcega, Juan de Zabaleta y Legazpi.

Enseña historia y la forma de hacerla. En modo alguno pasa por el fraude. En algún momento de su labor, aludiendo a Serapia Múgica, dice que éste, con Gorosábel, rodearon con un seto aislador la historiografía de Guipúzcoa, pero, sin embargo —añade Arocena—, "aún podemos cobrar alguna pieza los cazadores más o menos furtivos".

El comentarista necesita obligadamente añadir que a Fausto Arocena, cazador paciente e incansable, no se le escapa una.

J. A.

LUIS VILLASANTE. *El Padre Palacios*. Vitoria, 1961.

En Guipúzcoa hay muchos Palacios. No me refiero ahora a nuestras construcciones palacianas que son las que han dado el tono a nuestra no muy arqueológica arquitectura, sino a los Palacios de carne y hueso. Palacios son por apellido Yrizar, Guerra, Lizasoain y tantos otros que conviven con nosotros y recibieron sangre de los titulares de ese linaje oriundo de la zona de Estella y arraigado después en Oñate.

De esa rama fue el P. Palacios, a quien dedicaron sendas biografías varios hermanos en religión. La que el P. Villasante ha "introducido" es

la del P. Ventura Echeverría que se adelantó en más de cien años a la forma depurada de la moderna hagiografía. Tuvo en cuenta, muy en cuenta, que la gracia no destruye la naturaleza, por lo que el P. Palacios que salió de su pluma era **él mismo** y no un producto artificioso de serie. Villasante es de la misma escuela y nos ha salido ahora, él que sabe mucho más de lo que aparenta saber, con una introducción que cubre un tercio de la impresión total. Pero, con ser así, aún se ha quedado corto al lado de Echegaray (Carmelo) que, en una Introducción a las **Tradiciones** de Iturralde y Suit, llenó nada menos que **doscientas cuatro** páginas, dejando a su introducido noventa y cinco de letra de cuerpo mayor.

La personalidad del P. Palacios fue extremadamente vigorosa. De su gran popularidad son eco las páginas que le dedicó Moguel y las coplas euscaras que corrían de boca en boca. Es decir, recogió lo que sembró en ejemplares sermones pronunciados en castellano y aun en eúscaro porque ambos idiomas le eran familiares. Por encima de eso cuenta su también ejemplar vida interior. Después de todo eso, ¿qué importa que fuera idólatra de Napoleón y que se revolviere un poco acaloradamente contra nuestros bailes populares en un arranque de celo, hijo de su buena fe?

La introducción del P. Villasante es de muy buena técnica. Todo lo que dice está directamente proyectado, gracias a un sistema de numeración, sobre el texto de la biografía reeditada.

F. A.

DORITA LOCHAK. "Basque Phonemics". *Anthropological Linguistics*, Indiana University, 2 (1960), 3, 12-31. TERENCE H. WILBUR. "The Phonemes of the Basque of Bakersfield, California", *ibid.*, 3 (1961), number 8, 1-12.

Aunque no tengo costumbre de reseñar aquí trabajos aparecidos en revistas, hago una excepción en este caso por tratarse de artículos que, en el orden normal de las cosas, pueden tardar bastante en llegar a ser conocidos por los vascólogos. No deja además de ser muy agradable para nosotros que estos estudios se hayan publicado en un lugar que en principio parece bastante inesperado.

No lo es, sin embargo, tanto como puede parecer a primera vista. *Anthropological Linguistics*, editado por la doctora Florence M. Voegelin, tiene como finalidad principal, aunque no exclusiva, la rápida publicación de trabajos sobre cualquier lengua basados en grabaciones cuyo original o copia se guarda en los "Archives of Languages of the World", en la Universidad de Indiana: otros investigadores pueden comprobar los datos en Bloomington mismo o por medio de copias de las cintas que pueden pedirse allí. Esta iniciativa de gran alcance permite pues, como se ve, no sólo el depósito y conservación de muestras de las lenguas más variadas —muchas ya no podrán ser sustituidas por otras equivalentes dentro de algunos años—, sino además un control de los datos en bruto que hasta ahora no era posible sin extraordinarias molestias.

Los trabajos que ahora comento tienen en primer lugar, si no me equivoco, un gran interés por razones metódicas. Todo el que no haya trabajado siempre sobre datos ya elaborados —y no hay que olvidar que la escritura, sea la que fuere, supone ya una elaboración— y haya recogido alguna vez textos orales, no habrá dejado de sorprenderse de la dis-

tancia —del abismo a veces— que separa lo que el lingüista poco familiarizado con la lengua que estudia cree oír y lo que el hablante ha creído decir: lo que éste ha creído decir coincide en esencia, sea dicho de paso, con lo que el oyente conocedor de la lengua cree oír. Es sabido, por lo menos desde que existe la fonología, que no es cuestión de diferencias entre magnitudes físicas, sino de la muy diversa manera en que lenguas —o, si se prefiere, comunidades lingüísticas— diversas pueden organizar estas diferencias al servicio de distinciones significativas. Quien ha comprobado esto se resistirá, si no siente una inclinación invencible al dogmatismo, a considerar definitiva su identificación de los fonemas de una variedad lingüística hasta que ésta salga sin daño de una prolongada serie de pruebas.

Los artículos que reseño, si se salva una cierta comunidad en la terminología, difieren *todo caelo* por el método y por el objeto mismo de estudio. El de la Srta. Lochak se refiere fundamentalmente al vasco de Zaraus, una variedad bien conocida al menos por quienes vivimos cerca de allí: el hecho es, todo hay que decirlo, que éste es el primer intento de exponer su fonología. Su método de aproximación es además, por decirlo así, completamente externo: el observador oye la lengua desde fuera, sin dejarse influir por los prejuicios de los informadores, y registra lo que oye de la manera más objetiva posible.

Estoy probablemente de completo acuerdo con la autora en cuanto a los peligros de la introspección en estas materias —y acudimos tanto más a la introspección cuanto más penetramos dentro de la lengua—, pero no sin duda en cuanto a los medios más útiles para evitarlos. La clave no está, por desgracia, en lo que uno oye o cree oír, sino en lo que uno **debe oír**, y lo que se debe oír es precisamente lo que los hablantes intentan que se oiga. En otras palabras, no es cuestión de mera observación, sino de observación unida a la experimentación: con paciencia, y a costa de bastante trabajo a veces, se pueden diseñar experimentos cruciales para aclarar los puntos oscuros. De otro modo volvemos a los moldes de la vieja fonética y más lejos todavía, ya que ésta se solía dejar guiar por una fonología aún no explícitamente formulada, sin un criterio para separar los fenómenos paralingüísticos (pausas accidentales como la que separa en la p. 13 **xukátulesa** de **teké**, etc.) de los lingüísticamente pertinentes.

La parte del artículo que tiene mayor novedad —en realidad, una extraordinaria novedad— es la dedicada a los hechos de acento y entonación. No estoy en condiciones de discutir los resultados a los que llega la autora, pero señalaré la extraordinaria complejidad del sistema que establece, complejidad que acaso parezca difícilmente compatible con el funcionamiento corriente de la lengua. Y queda pendiente una cuestión esencial: ¿una extensión del **corpus** no obligaría a modificarlo en puntos capitales?

El trabajo del Sr. Wilbur llena una aspiración largo tiempo sentida, ya que es una descripción —limitada a los sonidos— de un objeto casi desconocido: una variedad del vasco hablado en los Estados Unidos por gentes nacidas allí. Sus informadores, que no hablan más que inglés y vasco, tienen su ascendencia al otro lado del Bidasoa. Falta, por desgracia, una mayor precisión, pues vasco de los Bajos Pirineos y vasco-francés son términos equivalentes. El autor no deja de señalar que el contacto con el país originario no se ha interrumpido para sus informadores a causa de la continua inmigración de pastores vascos a esa zona.

En el artículo del Sr. Wilbur, al contrario de lo que ocurre en el de la Srta. Lochak, la interpretación juega un gran papel, papel reconocido francamente en todo momento. Las consideraciones morfológicas entran abiertamente en la organización del sistema fonológico, hasta un punto en que la mayoría de los lingüistas europeos se sentirían probablemente astudados de la intromisión. Los datos fónicos, sin embargo, quedan bien claros y quien lo desee puede tratar de sistematizarlos de otra manera.

Como mi interés se centra sobre todo en los datos, aunque admiro en todo su valor la penetración del Sr. Wilbur, me encuentro situado en un terreno más que desfavorable. No conozco, en efecto, el vasco de Bakersfield ni las grabaciones que allí ha obtenido el autor. Si presento alguna observación, es, pues, a título de simple sugerencia y no con ánimo de iniciar una discusión que por mi parte sería temeraria.

Se conocen allí, según el autor, dos sibilantes alveolares (espirante y africada) y dos chicheantes prepalatales. ¿Nada más? Es un hecho, a lo que se me alcanza, que todos los vasco-franceses siguen distinguiendo las sibilantes predorsales, articuladas con la punta de la lengua baja, al nivel de los incisivos inferiores, de las apicales en que el ápice de la lengua se acerca o toca los alvéolos. Es perfectamente posible que esta distinción se haya perdido en América, pero con todo, ¿no valdría la pena comprobar por ejemplo si la africada de /gaca/ "sal" es igual o diferente de la de /ocayla/ "febrero"?

Hay otros aspectos en que los hechos americanos, tal como aparecen en esta descripción, no coinciden con los europeos. Extraña, para citar un caso, que la -t de /naut/ "lo quiero" sea aspirada en vez de ser simplemente una oclusiva reducida a la implosión ("unreleased") o que haya dos aspiradas en /mutikoa/ "muchacho". La distribución de R ("trill") y r ("flap") es también muy diversa de lo que nos es familiar, diversa de un modo sistemático, cuyo origen habrá que buscar en la ecuación personal del observador, pues siempre o casi siempre es R (etimológica) lo que está transcrito por r, y no al revés.

El autor encuentra una confusión frecuente, promiscuidad casi, entre las espirantes alveolar (que acaso, como señalo arriba, encubre dos fonemas diferentes) y prepalatal: "...although distinct phonetically and phonemically, have the perverse habit of varying freely in certain minimum utterances... Palatalization of unvoiced stops [la cursiva es mía] and spirants is a floating morphological device whose function has been forgotten in the colonial Bakersfield area. It seems to denote smallness or endearing familiarity. Such doublets stand by side without any functional distinction in the speech of my informant" (1.1.3).

Tal vez sea así y tal vez la contraposición tenga un valor a pesar de todo. Pero he recogido el párrafo porque en él, y sólo en él, se alude a oclusivas palatalizadas: si las hay, ¿están condicionadas por el contexto o no? Si no son meras variantes combinatorias, aunque aparentemente permuten libremente con las no palatalizadas, ¿no merecerían una mención especial? En general, el autor ha dejado casillas vacías en el orden prepalatal con la finalidad reconocida de reducir el número de fonemas, puesto que ha preferido también interpretar l y n palatales como lj y nj.

Incidentalmente, y probablemente a consecuencia de un descuido, /j/ aparece ordenado en el inventario como espirante velar y por otra parte no se le reconoce la variante africada que sería de esperar en inicial tras pausa o en interior tras consonante.

Las africadas sibilante y chicheante son, a juicio del autor, monofonémicas, porque el vasco de Bakersfield "permits no initial clusters" (1.1.5.). Por eso extraña que en otra parte se reconozca, como no se podía menos de reconocer, que hay grupos iniciales con una oclusiva como primer miembro. Sin embargo, se declara (1.1.9.2.) que "Initial clusters and medial clusters of more than two members lie outside of the normal syllabification pattern of Basque and may be looked upon as abnormal". Esto puede entenderse en el sentido (1) de que la lengua vasca en época suficientemente antigua no conocía grupos consonánticos iniciales (aunque tal vez sí grupos de tres consonantes en posición interior), lo que probablemente es verdad, o (2) en el de que esos grupos aparecen sobre todo en préstamos, lo que también es cierto: lo malo es que ninguna de estas consideraciones es pertinente en una descripción estrictamente sincrónica. ¿Es que quizá esos grupos son tan poco frecuentes que se pueden considerar rarísimos y por lo tanto anormales? Tampoco lo creo y en todo caso falta cualquier consideración estadística para fundamentarlo, en el código o en los mensajes.

Dicho esto, repito que la lectura de ambos trabajos ha sido para mí extremadamente agradable, y tan provechoso como placentero, porque el conocimiento de un objeto no puede sino ganar de ser contemplado desde ángulos distintos. Acaso, y este sería mi deseo, no sean los últimos que a la lengua vasca dediquen sus autores y la revista **Anthropological Linguistics**.

L. M.